

rencoroso. El perro de aguas siempre se halla animado de buenas disposiciones, siempre está alegre y contento con todo el mundo; fiel ó infiel solo piensa en el placer; lo imita todo como un niño; siempre se encuentra dispuesto á jugar, y pertenece á todos. El perro lobo, por el contrario, no abandona la casa; el de pastor piensa únicamente en guardar el ganado; el pacho en escarbar la tierra; el lebrél en correr; el dogo en su amo, y el perro de muestra en la caza. Solo el de aguas se divierte con todo: los gatos, los caballos, sus semejantes, los hombres, su amo, la casa que guarda, el agua donde busca piedras, los pájaros que quiere alcanzar á saltos y el coche tras del cual corre, son para él otros tantos objetos que le entretienen.

»Los dogos hacen las veces de centinelas y acometen al hombre; los lebreles y los perros cazadores tienen el instinto

innato de la caza. ¡Con qué atención escuchan los tiros y conocen y comprenden todas las costumbres de los animales que persiguen ordinariamente! ¡Qué pronto aprende el perro de muestra á distinguir la pieza, y á detenerla y levantarla, adelantando una ú otra pata según la especie que sea! La naturaleza le enseña mucho; no es solo el hombre el que determina su educación, pues el animal pone la mayor parte. El perro de aguas se instruye aun mucho más por sí mismo, porque es todo inteligencia, y no obra torpemente sino cuando quiere: en los otros perros, la educación es lo principal; en él es, por decirlo así, innata la inteligencia. El perro de caza se precipita como un loco tras de la pieza; el dogo se abalanza furioso contra su enemigo; el perro de pastor con la lengua pendiente y hosclos los ojos, describe semicírculos detrás de los pobres carneros que van delante de él, precipi-

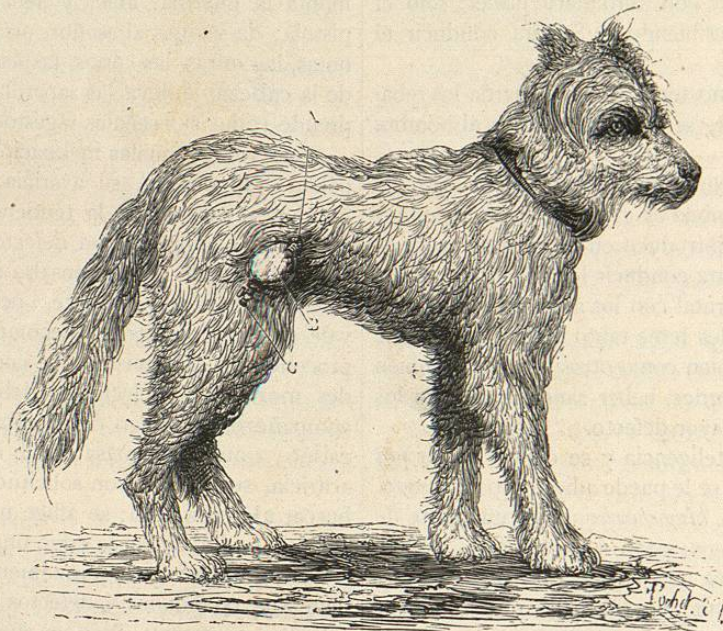


Fig. 183.—PERRO SOBRE EL CUAL SE HA PRACTICADO UNA FÍSTULA PANCREÁTICA (1)

tándose sobre ellos brutalmente apenas se separan; es duro al dolor y hasta parece no sentirlo; y por último, el perro de muestra se lanza frenético sobre el pájaro que su amo acaba de matar. En el perro de aguas, aun abandonado á sí mismo y sin haber recibido enseñanza de nadie y de nada, no se encuentra ninguna de estas cualidades tan poco nobles y agradables; es bueno por naturaleza; si se vuelve malo es por culpa del hombre.»

¡Cuántas cosas más podrían decirse aun acerca de la inteligencia del perro, de este amigo fiel, de este compañero, el más querido y leal, en el que Zoroastro, cuya opinión es la nuestra, halló reunidas todas las cualidades y perfecciones del animal!

Se ha dicho con frecuencia que al perro no le faltaba más que el don de la palabra: Leibnitz cree que no carece siempre de él, y asegura haber encontrado en Sajonia un perro que pronunciaba veinte palabras.

«Hablábamos con él, dice, como si pudiera contestarnos, y en rigor nos contestaba con sus actos.» «He visto perros, escribe Lenz, que comprendían cada palabra de su amo; atentos á sus órdenes, abrían ó cerraban las puertas, adelantaban una silla, una mesa ó un banco; le quitaban ó traían el sombrero, y trataban de hallar un objeto oculto. Es muy agradable observar á un perro y ver cómo se vuelve todo ojos y oídos cuando espera un mandato de su amo; ¡qué ale-

gre se pone si puede seguirle, y qué triste si debe permanecer en casa! Corre por delante, cruza el camino, se detiene, vuelve y mira si debe dirigirse á derecha ó izquierda. ¡Cuánta satisfacción muestra cuando ha hecho una cosa bien y cómo se avergüenza si la hace mal! Si comete una falta y cree que su amo no le ha visto, se echa, bosteza, aparenta indiferencia, ó se hace el dormido, á fin de alejar toda sospecha; pero su mirada incierta y furtiva, desmiente su afectada tranquilidad. Si roba algo, tiene miedo y esconde la cola entre las piernas.»

Las diversas razas de perros difieren, pues, tanto por los caracteres intelectuales, como por los físicos. Una fidelidad extraordinaria, una adhesión absoluta á su amo, una obediencia y abnegación sin límites, una vigilancia ejemplar, y en una palabra, la dulzura, la conducta del servidor más dócil y del mejor amigo, son otras tantas cualidades que distinguen á estos seres en su parte moral.

**INFLUENCIA DE LA EDUCACION.**—Todos estos caracteres no se encuentran jamás reunidos y en proporción igual en un mismo perro: tan pronto predomina el uno como el otro, y la educación ejerce una influencia más considerable de lo que pudiera creerse.

(1) A, tubo de plata en el que se ha fijado la vejiga; B, vejiga; C, tubo destinado á recoger el jugo á medida que se acumula en la vejiga. (Bernard, *Fisiología experimental*.)

«Enseñad á vuestros perros con paciencia, dice Richardson, y no los corrijais en un momento de irritación, pues con la dulzura se consigue más que con la violencia; desconfiad sobre todo de aquel que sea necesario maltratar, porque siempre será una molestia para su amo.»

Únicamente un hombre que tenga paciencia puede enseñar bien á un perro, y solo el hombre puede desarrollar sus facultades intelectuales; las mujeres son incapaces de hacerlo, y la prueba es que en los perros de salón no vemos más que seres mal educados, caprichosos y con frecuencia desagradables. El perro es el espejo fiel de su amo: cuanto más amistosa y atentamente se le trata, cuanto más se le cuida y mejor se le educa, más notable llega á ser por su inteligencia. La inversa produce resultados opuestos. El perro del campesino es brutal y palurdo, pero honrado; el de pastor desempeñaría muy bien el oficio de este; el de caza es un excelente cazador; y el del pillete es perezoso y de mala in-

dole, peor educado aun que el perro ordinario del campesino. Cada individuo se identifica con el carácter de la casa donde vive: sobresale por su inteligencia cuando tiene por amos personas distinguidas; está henchido de orgullo si su dueño se deja dominar por una necia vanidad; es afable con todo el mundo si vive con personas sociables; solitario, arisco y melancólico, si habita con algún viejo célibe ó alguna dueña quintañona, en cuya casa no ve á nadie.

Pocos habrá que no conozcan los dos cuadros de Landseer que representan el *Perro del amo* y el *Perro del criado*.

El primero se halla solo en el gabinete de milord: todo cuanto le rodea indica la distinción del rango y de las costumbres: por un lado se ven armas antiguas, recuerdo quizás de algún ilustre antecesor; por otro un precioso álbum, manuscritos, dibujos ó acuarelas, y un collar delicadamente cincelado, que se destaca airosamente sobre las sedosas lanas negras del *perro caballero*.

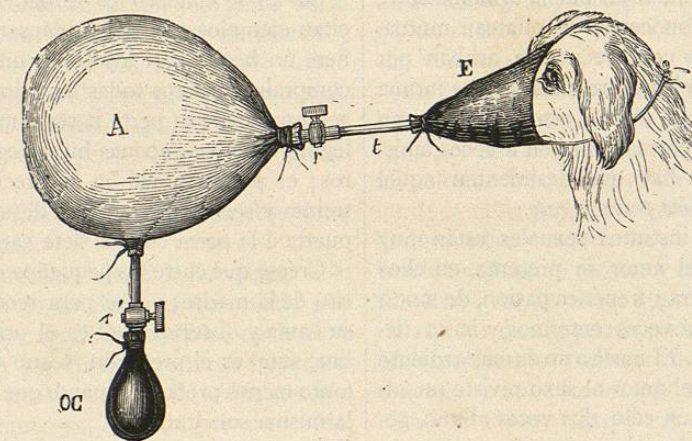


Fig. 184.—PERRO AL QUE SE HACE RESPIRAR OXIDO DE CARBONO (1)

Mirad ahora á su oscuro y humilde cofrade: recostado contra el fogón de la cocina, entre un par de botas viejas, un sombrero raído y una botella vacía, parece resumir en su semblante desagradable todas las decepciones y amarguras. Dos patas raquíticas sostienen su pesado cuerpo, y por encima de su collar de cobre sobresale una cabeza, en que la expresión de la malignidad parece competir con la del envilecimiento. Fáltale un ojo, perdido acaso en alguna riña callejera, y su lengua, en parte fuera de la boca, parece hacer un gesto de burla.

Sin embargo, estas diferencias que aparecen al primer golpe de vista entre estos dos perros, son todavía mucho más notables para el que estudia sus costumbres. Mientras que el primero, afable, fiel y sumiso, busca las caricias, obedece á la primera señal y respeta cuanto le está prohibido, el segundo, arisco y astuto, acecha sin cesar su presa, no se somete sino á los golpes, y hasta enseña los dientes á los niños. ¿Y por qué estas costumbres opuestas? Preguntádselo á la educación. Cada uno de ellos tiene las cualidades y defectos resultantes de una enseñanza: cada perro es la copia del amo.

Pero sea cualquiera la condición en que se halle, siempre se somete el perro completamente al hombre. Desgraciadamente, no se reconoce esta elevada cualidad; y la palabra *perro* es una injuria, cuando debería tomarse por lo contrario.

Las numerosas cualidades de este ser lo elevan hasta el más alto puesto del reino animal; su fidelidad y abnegación le convierten en un compañero el más indispensable al hombre. Le pertenece completamente; se sacrifica por amor á él; su obediencia le impulsa á ejecutar al momento todas las ór-

denes del amo. Su prontitud en desempeñar los trabajos más penosos, el desinterés con que expone su vida; en una palabra, su buena voluntad en servir al hombre y en serle útil, son títulos de gloria y de grandeza. Se dice que sus caricias son lisonjas; pero adviértase que no las prodiga sino á su amo, á su bienhechor; á un extraño sabe enseñarle los dientes, y á cada momento conoce muy bien lo que hace.

**ANTIPATÍAS Y SIMPATÍAS.**—Ciertas costumbres son comunes á casi todas las especies de perros.

Aullan y ladran á la luna, sin que se pueda comprender la causa: corren tras de todo aquello que pasa rápidamente por delante, ya sean hombres, animales, coches, piedras ú otros objetos, tratando de alcanzarlos, aunque sepan que de nada pueden servirles.

Aborrecen particularmente á ciertos animales, sobre todo al gato y el erizo, sin que nosotros nos expliquemos la causa; con este último se atormentan inútilmente, sin más resultado que el de ensangrentarse el hocico, puesto que solo pueden morder púas. Estos son hechos que todos conocen.

No deja de ser curioso que los perros presientan el cambio de tiempo, procurando de antemano ponerse al abrigo. Puede reconocerse la proximidad de la lluvia por el olor desagradable que exhalan en aquel momento.

En sus relaciones con los hombres, el perro da con frecuencia pruebas de un discernimiento que nos admira. Todos estos animales conocen al desollador y le persiguen con

(1) E, embudo de caoutchouc que cubre el hocico del perro; A, vejiga llena de aire; OC, vejiga de caoutchouc que comunica con la primera por la llave r, y contiene el óxido de carbono. (Bernard, *Sustancias tóxicas*.)



su odio: comprenden inmediatamente si está uno animado de buenas ó malas disposiciones hácia ellos; y no se puede dudar que las emanaciones de ciertas personas les son agradables ó desagradables. Aprenden muy pronto á conocer á los amigos de la casa; saben apreciar la posición social de un desconocido, observándose que se muestran siempre huraños con los pordioseros.

Hay personas que al entrar en una casa son desde luego bien recibidas por los perros, aun cuando las vean por primera vez; yo conozco señoras que no pueden sentarse en ninguna parte, sin verse rodeadas á los pocos momentos por todos los perros de la casa. En sus relaciones con el hombre, se pueden distinguir muy fácilmente las varias expresiones de su semblante. La inteligencia del perro se descubre claramente en su rostro, y nadie se atreverá á negar que este no tenga su fisonomía propia, de modo que tanto se distingue el semblante de un perro respecto del de otro, como el de un hombre respecto del de otro hombre.

Los perros no viven precisamente en buena armonía entre sí: si se encuentran dos sin conocerse, se olfatean mutuamente, se enseñan los dientes y con frecuencia acaban por luchar. Sin embargo, á veces reina entre ellos la mas íntima amistad; no disputan, se buscan unos á otros y se prestan auxilio en caso necesario. Los perros contraen á veces amistad con otros animales, y los hay que desmienten aquel proverbio que dice: *enemigos como perro y gato*.

**REPRODUCCION.**—Los instintos sexuales están muy desarrollados en los perros, y el amor se presenta en ellos con el carácter de una verdadera y frenética pasión, de modo que si no queda saciado, caen á veces enfermos y hasta llegan á enloquecer por completo. El macho no es mas ardiente que la hembra, si bien en esta el amor al sexo reviste un carácter diferente. La perra está en celo dos veces al año, generalmente en los meses de febrero y agosto, y este estado dura siempre de nueve á catorce días. Entonces reúne en torno suyo, no solo á los perros de la vecindad, sino también á los que viven á un cuarto de hora de distancia; y como no sea por el olfato, lo cual parece lo mas verosímil, no se concibe por cuál otro medio puedan ellos tener noticia de que hay en los contornos una perra en estado de celo. Es á la verdad un espectáculo curioso al par que repugnante el que ofrecen los perros en este caso: los machos siguen á la hembra por todas partes, valiéndose de toda clase de artificios para merecer la preferencia; sus movimientos son por demás extraños, nobles y altivos, y escogitan todos los medios que están á su alcance para hacerse querer de aquella; husmean, levantan la cabeza; ladran en tono de súplica, la miran con apasionada ternura y hacen otras mil lindezas por el estilo. Están malhumorados y celosos de los otros perros; y si dos de estos, igualmente fuertes, solicitan á la misma hembra, trábese entre ambos un verdadero combate; pero este no tiene lugar si son mas de dos, porque entonces se arrojan todos á la vez sobre los dos rivales, los muerden con furor y los separan. Todos observan para con la perra una conducta en extremo amable y odian á sus rivales; por lo que no es de extrañar que no cesen un momento los ladridos y las riñas, los mordiscos y gruñidos. En medio de todo esto la hembra aparenta un desden sin igual, gruñe, enseña los dientes y muerde á los machos, sin que estos se irriten ni se den por ofendidos. Apaciguase al fin con ellos y se entrega á las exigencias de su natural instinto. Como todos los mamíferos, se junta con muchos perros; por lo que es injusto lo que dice Scheitlin, á saber, que solo entre los hombres hay esta monstruosidad, que una mujer se una á varios de estos. Despues de pasada la época del celo, los perros se muestran, si no indiferentes, al menos muy poco prendados del que fué

objeto de su ardiente pasión; sin embargo, macho y hembra conservan á veces el recuerdo de su primer amor con asombrosa fidelidad y queda esto probado por el hecho de que se ven perras, ya entradas en años, parir perritos enteramente parecidos á su primer amante. Los ingleses que se dedican á la cria de perros, saben perfectamente esto, por lo que cuidan de que una perra jóven no se junte nunca con un macho que le sea inferior, ya en hermosura, ya en otras cualidades de orden mas elevado.

La hembra está preñada nueve semanas y pare en un sitio oscuro, de tres á diez cachorros, número que se eleva algunas veces, y por excepcion, á quince, y hasta veinte; pero lo mas comun es que den en cada parto de cuatro á seis. Los cachorros nacen con incisivos y con los ojos cerrados, prolongándose tan singular ceguera de diez á doce días.

La perra ama á sus pequeños sobre todo; los alimenta, los cuida, los lame, los abriga, los defiende, y los traslada á veces de un sitio á otro, cogiéndoles por la piel del cuello.

Su amor materno es verdaderamente conmovedor, y se citan ejemplos que deben causarnos asombro. Bechstein refiere un hecho casi increíble: una pastor de Waltershausen compraba carneros todas las primaveras, y como era natural, acompañábale su perra hasta el mercado, distante unas veinte leguas. Una vez, apenas hubo llegado, dió á luz siete cachorros; el pastor se vió en la precision de abandonarla; pero treinta y seis horas despues de su regreso, encontró ante su puerta á la perra con los siete cachorros.

Créese que entre los pequeños de cada parto hay uno favorito de la madre; y que para reconocerlo, basta quitarlos de su cama y observar cuál es el primero que se lleva la hembra; este es el preferido, segun dicen. El hecho me parece tanto menos probable, cuanto que la perra cuida de todos con la misma solicitud.

Por lo regular no se deja á una perra mas que dos ó tres, ó cuando mas cuatro pequeños de un parto, con el objeto de que no se debilite mucho. Las hembras, en efecto, necesitan mucho alimento, y apenas puede la madre dar toda la leche que piden sus cachorros. Todo el que tenga una perra y la aprecie lo bastante, le prepara de antemano una cama blanda, en sitio abrigado y tranquilo, á fin de que pueda criar mejor.

Mientras da de mamar á sus hijuelos, la perra manifiesta una abnegación sin límites: no solo consiente que la pongan cachorros de otra hembra, sino que alimenta á otros pequeños animales, tales como gatos y conejos. He hecho la prueba varias veces, y he observado, no obstante, que las gatas se prestan mejor á esto que las perras, las cuales arrugan alguna vez el hocico y gruñen un poco.

Se deja á los cachorros mamar por espacio de seis semanas: si la hembra es fuerte y robusta, no hay inconveniente en que sigan algunas semanas mas. Para destetarlos se disminuye el alimento de la madre, cuya leche se va retirando, y no permite entonces que mamen mas los cachorros; se les da á estos un alimento ligero y se cuida de tenerlos muy limpios.

A los tres ó cuatro meses, cambian los dientes, y á los seis se emancipan de su madre; á los nueve ó diez son ya adultos.

Si se les quiere educar ó adiestrar, no debe dejarse pasar mucho tiempo. Es falsa la opinion de los antiguos educadores de perros y de los cazadores, los cuales decian que los perros de muy corta edad eran demasiado pequeños ó débiles para ser adiestrados. Adolfo y Carlos Muller, tan excelentes observadores como buenos cazadores, comienzan á adiestrar á sus perros de caza desde luego que saben correr, y obtienen resultados sumamente satisfactorios. Apenas golpean

á sus pequeños principiantes, á no ser que lo hagan con mucha suavidad; diríjenles á lo mas alguna palabra seria y sacan de este modo magníficos perros de caza. Los perritos deben ser tratados como niños, no como esclavos empedernidos. Todos ellos, sin excepcion alguna, dan muestra de ser dóciles y aplicados; escuchan con la mayor atencion la voz de su educador, y trabajan mas y con mayor afán por medio de mimos que por medio de amenazas. El que adiestra perritos y no puede dar un paso en su tarea sin auxilio de la carlanca ó del látigo, sirve mas bien para verdugo que para educador. No es de este lugar y nos llevaria demasiado léjos de nuestro propósito pretender exponer aqui todo cuanto podria recabarse de los perros; y nos limitaremos simplemente á observar que aquel que desde jóven no se haya dedicado á adiestrar animales, obrará muy prudentemente si confia tal tarea á una persona práctica y experimentada.

A los doce años entra el perro en el período de la vejez: esta última etapa de su vida se reconoce en su porte y en todos sus órganos; el pelaje pierde su brillo; los pelos de la frente y del hocico blanquean; los dientes se desgastan y caen; el perro se vuelve perezoso é indiferente á todo cuanto antes le halagaba; muchos pierden la voz y se quedan ciegos. Hay ejemplos de individuos que han llegado á los veinte, y aun á los veintiseis y treinta años; pero estas son raras excepciones.

**ENFERMEDADES.**—Los perros están sujetos á un gran número de enfermedades.

La enfermedad que se presenta con mas frecuencia es la tiña, y resulta por lo comun de un alimento demasiado sustancioso y salado, del uso de agua corrompida, de la falta de ejercicio y del poco aseo. Los perritos padecen frecuentemente una enfermedad que se llama moquillo, y que consiste en una inflamación de las mucosas, causada por un enfriamiento: esta enfermedad suele presentarse entre los cuatro y los nueve meses, y de ella mueren la mitad de los perros de Europa. Pero de todas las afecciones que atacan á los perros, la rabia, llamada tambien hidrofobia, es sin disputa la mas terrible, porque el individuo atacado puede trasmitirla á sus semejantes, á los demás animales y aun al hombre, corriendo unos y otros gravísimo peligro. Esta temible enfermedad se declara generalmente en perros ya adultos durante los grandes calores del estío ó en los frios mas rigurosos, y la falta de agua, como tambien la vehemencia del celo, parecen ser la causa principal de su origen.

La rabia se reconoce desde luego por el cambio de conducta que se observa en el perro respecto de su dueño, por su mal humor y por una extraordinaria é invencible tendencia al sueño y á la tristeza. El perro atacado de esta enfermedad busca con preferencia los lugares calientes; corre muy á menudo tras la comida y no la prueba; bebe el agua con avidez, aunque en corta cantidad, y está por lo comun inquieto, agitado y melancólico. Son tambien sintomas infalibles de la rabia en el perro su cambio de voz, que de ladrido se transforma en ronco aullido, la inapetencia, la dificultad en deglutir los alimentos, la mirada torva, el afán de ausentarse de la casa, el exceso de baba, su afición á coger con la boca todo cuanto se le echa, y por último, su intencion de morder sin motivo. En un período mas avanzado de la enfermedad se presenta la constipacion; las orejas del animal enfermo pierden su movilidad; está colgante su cola; sus ojos pierden la animación y lanzan miradas oblicuas. Mas tarde aparecen las conjuntivas fuertemente inyectadas, y los ojos adquieren un brillo inusitado; el perro es entonces insensible á todas las manifestaciones de cariño de su dueño; hace caso omiso de sus órdenes; pónese cada vez mas inquieto; sus ojos fijos parecen dos globos de fuego; lleva sumamen-

te inclinada su cabeza y se hinchan sus mejillas. Cuanto mas anhela el agua, menos puede tragarla, y en el caso de hacerla beber por fuerza, parece como que se atraganta y experimenta fuertes convulsiones en las fauces. En este momento precisamente se manifiesta su aversion ú horror al agua y á los demás líquidos; ya no se echa al suelo, sino que camina inquieto con marcha oblicua y con la cola caida.

Entonces la enfermedad se presenta con el carácter de rabia tranquila y muda, ó bien, furiosa. En la rabia tranquila los ojos están inflamados, fijos y sombríos; la lengua, de color azulado, cuelga de la boca en casi toda su longitud; llénanse sus fauces de una baba espumosa y blanca; la mandíbula inferior queda paralizada y caida, de lo que resulta que está siempre abierta su boca. Con la cola metida entre piernas y fuertemente apretada, con la cabeza caida, vaga agitado de un punto á otro sin direccion fija; recorre millas de distancia; muerde los objetos que encuentra á su paso y en especial á los otros perros; si encuentra un obstáculo que le impida continuar su marcha, como si fuera presa de un verdadero vértigo, da vueltas al rededor de él; cae muy á menudo y respira con violencia.

En la rabia furiosa brillan sus pupilas con fulgor sombrío y están en extremo ensanchadas; la boca está abierta y solo bañada por una pequeña cantidad de espuma; su lengua es de un color azulado y cuelga de la boca. En el sucesivo desarrollo de la rabia furiosa, manifiéstase en el perro un alto grado de terquedad y malicia hasta para con su propio dueño; coge involuntariamente moscas y todo cuanto se le acerca; échase sobre las aves de corral y las devora sin triturarlas; atrae hácia sí á los demás perros para caer luego furiosamente sobre ellos; rechina los dientes; araña su rostro; lanza aullidos lastimeros; se lame los labios con su lengua inflamada, produciendo al mismo tiempo con ella una especie de castañeteo, y sale á menudo de su boca una baba semejante al agua. Se aparta del agua con horror, si bien se le ve nadar algunas veces en arroyos y lagunas; desahoga su rabia mordiéndola toda clase de cuerpos, aun los inanimados; llega á morder la misma cadena á que está sujeto, y parece sufrir de una manera horrible; pues muere en medio de las mas espantosas convulsiones, comunmente entre el sexto y octavo dia, algunas veces al cuarto y muy rara vez al noveno.

Los griegos ya conocian la rabia, si bien esta enfermedad es mucho menos frecuente en la Europa meridional que entre nosotros. En la zona glacial y tórrida, rara vez se manifiesta, ó acaso nunca, sin duda porque en dichas regiones el perro no está nunca abandonado á sí mismo. No se conoce aun específico alguno contra la rabia, lo cual es tanto mas de deplorar, cuanto que esta enfermedad causa la muerte á muchos hombres. Cuando se inocula el virus á un animal, este perece en la mayoría de los casos, mayormente si no se tiene á mano un hombre experto para cauterizar al instante la herida con un hierro candente, salmuera, nitrato de plata, etc., etc., ó bien para chupar la sangre con ayuda de ventosas ó lavar la llaga con ácido clorhídrico. Nótese, sin embargo, que de todos los remedios, la cauterización es el mas eficaz, no habiendo dado los otros satisfactorios resultados.

Ultimamente se ha querido sostener la opinion de que la enfermedad de la rabia no se presenta en el hombre y que en los casos en que se ha creído observarla, se la ha confundido erróneamente con otra enfermedad que presenta algunos, no todos los sintomas que caracterizan aquella. Sin embargo, no cabe duda que esta enfermedad puede desarrollarse en el hombre, y lo prueba claramente el hecho de haber conseguido Hertwig y otros comunicar por la inoculación á perros y demás animales la enfermedad de hombres mordidos, en los cuales se habia ya manifestado la rabia. No son los per-